

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

INTRODUCCIÓN A LA TEOLOGÍA

PROFESOR: JOSE HERNANDEZ JR. MATS, MA, MTH, DMIN (ABD)

LA PERSONA DE JESUCRISTO Y COMO ESPÍRITU SANTO

POR: GABRIEL MARTÍNEZ GRUEIRO

BACHILLERATO EN ARTE MÚSICA SACRA
#4510

20 DE NOVIEMBRE DE 2025

La obra *Introducción a la Teología Cristiana*, escrita por Justo L. González y Zaida Maldonado Pérez, presenta una visión amplia, pastoral y profundamente histórica de la tarea teológica. En los capítulos 2 a 4, los autores abordan tres dimensiones esenciales: la naturaleza de la teología, sus fuentes y el quehacer teológico como práctica viva. Sus reflexiones destacan que la teología no es un ejercicio abstracto o meramente intelectual, sino una actividad profundamente arraigada en la vida de la iglesia, en la historia de la fe y en la realidad cambiante de los pueblos. A través de estos capítulos, González y Maldonado plantean que la teología cristiana es una práctica comunitaria, encarnada, contextual y guiada por el Espíritu Santo.

La Persona de Jesucristo y la Persona del Espíritu Santo

La fe cristiana se edifica sobre la revelación de Dios manifestada en la persona de Jesucristo y en la obra continua del Espíritu Santo. Ambos, junto con el Padre, conforman la Trinidad: un solo Dios en tres personas distintas, coeternas y coiguales. Comprender quién es Jesucristo y quién es el Espíritu Santo no solo es fundamental para la teología cristiana, sino también para la vida espiritual de todo creyente. A través de estas dos personas divinas, Dios actúa en la historia, revela su propósito redentor y guía a su pueblo hacia la verdad. Este trabajo analiza la identidad, naturaleza y obra tanto de Jesucristo como del Espíritu Santo, destacando su importancia en la fe cristiana.

La Persona de Jesucristo

La figura de Jesucristo constituye el corazón del cristianismo. Él no es simplemente un maestro moral, un profeta o un líder religioso; para la fe cristiana, Jesucristo es plenamente Dios y plenamente hombre. Esta unión de dos naturalezas en una sola persona se conoce como la encarnación, un misterio central del cristianismo. Según la Escritura, “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Juan 1:14), lo que indica que Jesús preexistía desde la eternidad con el Padre y asumió naturaleza humana para cumplir la obra redentora.

Jesucristo como verdadero Dios

La divinidad de Cristo está afirmada en múltiples pasajes bíblicos: es llamado “Dios fuerte” en Isaías 9:6 y se le atribuyen características solo pertenecientes a Dios, como el perdón de pecados, el poder sobre la naturaleza, la vida eterna y la autoridad para juzgar. Los apóstoles también lo reconocieron como Dios encarnado; Tomás, después de la resurrección, lo confesó diciendo: “¡Señor mío y Dios mío!” (Juan 20:28). Sin el reconocimiento de su divinidad, la salvación ofrecida por Jesús carecería de eficacia, pues solo Dios puede reconciliar a la humanidad consigo mismo.

Jesucristo como verdadero hombre

Al mismo tiempo, Jesús asumió plenamente la condición humana. Nació, creció, experimentó dolor, hambre, cansancio, tristeza y tentación, aunque sin pecado. La humanidad de Cristo revela que Dios decidió acercarse al ser humano de manera tangible, comprendiendo y compartiendo nuestras limitaciones. Su vida terrenal no fue una apariencia, sino una realidad completa. Esta humanidad plena es esencial, porque solo un ser humano podía representar a la humanidad y ofrecerse como sacrificio sustitutorio.

La obra de Jesucristo

Jesús vino al mundo con un propósito definido: revelar al Padre y salvar a la humanidad. Su predicación del Reino de Dios, sus milagros, su vida de obediencia y su sufrimiento culminaron en la cruz, donde ofreció su vida para la remisión de los pecados. La crucifixión es el acto supremo del amor divino, en el cual Jesucristo asume el pecado humano y lo vence mediante su muerte. Sin embargo, la fe cristiana no se detiene allí: la resurrección de Jesús confirma su victoria sobre la muerte y su identidad divina. Con su resurrección inaugura una nueva creación y asegura la esperanza de vida eterna para todos los creyentes. Su ascensión y su papel como mediador e intercesor ante el Padre continúan siendo esenciales para la vida espiritual de la Iglesia.

Jesucristo es, por lo tanto, el centro de la revelación divina, el modelo perfecto de humanidad y el Salvador del mundo. Su identidad y obra constituyen la base de la fe cristiana y el fundamento de la vida espiritual.

II. La Persona del Espíritu Santo

El Espíritu Santo es la tercera persona de la Trinidad. No es una fuerza impersonal ni una energía espiritual, sino una persona divina con voluntad, intelecto y emociones. En toda la Escritura se le representa actuando, guiando, consolando, hablando y regenerando. La obra del Espíritu Santo desempeña un papel esencial tanto en la creación como en la redención y la vida diaria del creyente.

El Espíritu Santo como Dios verdadero

La Biblia afirma claramente la divinidad del Espíritu Santo. En hechos 5:3–4, mentir al Espíritu Santo es equivalente a mentir a Dios, lo que demuestra su plena divinidad. Participa en la creación del mundo (Génesis 1:2), posee atributos divinos como omnisciencia, omnipotencia y eternidad, y forma parte de la fórmula bautismal dada por Jesús: “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). Su presencia en la vida de los creyentes es la manifestación continua de Dios actuando en ellos.

El Espíritu Santo como persona

El Espíritu Santo piensa, siente y actúa. La Escritura enseña que puede ser entristecido (Efesios 4:30), que intercede por los creyentes (Romanos 8:26), que enseña y recuerda la verdad revelada por Cristo (Juan 14:26) y que distribuye dones como Él quiere (1 Corintios 12:11). Estas características muestran que el Espíritu es una persona divina, no una influencia pasiva.

La obra del Espíritu Santo

Una de las obras principales del Espíritu Santo es la regeneración, es decir, dar nueva vida espiritual al creyente. Jesús enseñó que nadie puede entrar en el Reino de Dios si no nace del Espíritu (Juan 3:5). El Espíritu Santo también ilumina al creyente para comprender la Palabra de Dios, santifica el corazón para hacerlo más semejante a Cristo y produce fruto espiritual como amor, gozo, paz y dominio propio.

Además, el Espíritu Santo habita permanentemente en los creyentes, convirtiéndolos en templos de Dios. Otorga dones espirituales para la edificación del cuerpo de Cristo y capacita a la Iglesia para cumplir su misión en el mundo. Finalmente, es el Consolador prometido por Jesús, aquel que guía hacia la verdad, fortalece en la debilidad y acompaña en medio de las dificultades.

Conclusión

La persona de Jesucristo y la persona del Espíritu Santo son fundamentales para comprender la fe cristiana. Jesucristo se revela como el Hijo eterno de Dios, hecho hombre para llevar a cabo la redención de la humanidad mediante su vida, muerte y resurrección. El Espíritu Santo, por su parte, continúa la obra de Cristo en la vida del creyente y de la Iglesia, regenerando, guiando, santificando y consolando. Ambos son inseparables en la economía de la salvación: Cristo obra la redención y el Espíritu aplica esa redención al corazón humano. Al estudiar sus personas y su obra, el creyente profundiza en la comprensión del misterio de Dios y fortalece su vida espiritual, reconociendo que la obra divina es continua, actual y transformadora.